

## SECRETO DEL SUMARIO

Cochravac

Corría el año 1938; el submarino H-6 *Guale*, uno de aquellos legendarios clase *Holland* del año 1917, navegaba sumergido en la bahía de Concepción con sus 467 toneladas de desplazamiento, al mando de su comandante, Capitán de Corbeta Rafael Mackay Pouchuq, quien era al mismo tiempo Comandante de la Escuela de Submarinos e Instructor de Teoría y Control de Ataques del Curso de Oficiales Alumnos de la citada escuela. Dentro de la bahía reinaba una pequeña mar rizada, viento débil del suroeste y cielo algo nublado.

El comandante Mackay era muy apreciado, tanto por sus jefes como por sus compañeros y muy en especial por sus subalternos, ya que poseía condiciones innatas de caballerosidad, don de gentes y jovialidad, cualidades a las que se agregaban sus excepcionales condiciones de hombre de mar y su bien ganado prestigio como Oficial submarinista sobresaliente. Durante las clases de teoría de submarinos, el comandante Mackay aceptaba e incentivaba todo tipo de lucubraciones sobre la navegación de los submarinos, como podría ser el navegar sumergido "dando atrás", o determinando prácticamente cómo variaba la estiba al pasar bajo el agua desde plena mar a la semisalobre en la desembocadura de un gran río, o bien experimentando el cambio teórico de la flotabilidad del submarino con los cambios de la densidad del agua del mar al aumentar en profundidad, por una parte, contra la disminución de la flotabilidad debido a la compresión del casco. Cuando en un problema se llegaba a alguna conclusión aceptable, tal conclusión se ponía en práctica en la próxima salida a ejercicios. Así era que las navegaciones con el comandante Mackay siempre transcurrían en un ambiente de expectante interés.

En aquella ocasión se presentó un problema realmente inesperado y nunca considerado: hacia el sur, próximo al faro Belén, comenzaron a aparecer numerosas embarcaciones navegando a la vela, y alguien recordó que ese día se realizaba una regata oficial de veleros de la Base de Talcahuano, en la cual participaban los incipientes veleros de esos días, que no eran, ni más ni menos, que los panzudos y poco hidrodinámicos botes de doble bancada de los antiguos cruceros, a los cuales se les había transformado su velamen original "al tercio", por velamen latino envergado en uno o dos mástiles, bastante más esbeltos que los originales; estos botes llevaban como agregados "sui generis chilenis", unas "machinas" verticales apernadas a la quilla que tenían por misión contrarrestar la deriva ocasionada por la acción del viento sobre el velamen.

Cada "patrón" alistaba su embarcación como mejor le parecía y podía, ya que en esos días no existían reglamentos ni permisivos ni restrictivos, y es así que la superficie de velas, el peso de los lastres, el tamaño y posición de las machinas, e incluso el pintado, aceitado y engrase de la "obra viva" del casco, eran datos confidenciales guardados celosamente. Incluso se comentaba muy privadamente que el contramaestre Carranza, de los arsenales, efectuaba, en el almacén donde aparejaba su embarcación, unos sahumerios con yerbas especiales, en los cuales oficiaba un machi venido expresamente desde una reducción de Nahuelbuta; pero nunca fue posible presentar pruebas sobre tal acerto.

De inmediato creció el interés a bordo del *Guale*, pues todos los alumnos sabíamos que en esa regata corría un bote de la Base de Submarinos, el cual tenía como patrón a uno de nuestros compañeros, el Teniente Segundo Exequiel Rodríguez, cariñosamente apodado el "Puma Rodríguez", entusiasta y apreciado amigo de todo el mundo, cuyo bote sabíamos que era uno de los peor equipados por ser la Base de Submarinos "primeriza" en esto de las regatas a vela y por no haber podido participar de los datos confidenciales de la muy exclusiva Hermandad de los Veleros.

---

\* Sección que presenta al lector cortos textos literarios de clara ambientación marina. Pueden provenir de colaboraciones originales e inéditas, remitidas especialmente, o ser reproducidas de textos aparecidos anteriormente en *Revista de Marina*, o bien extractos de obras ya publicadas que han devenido en verdaderos clásicos en su género.

El *Guale* navegó aproximándose a la escuadrilla de veleros hasta llegar a distinguir claramente la embarcación del “Puma Rodríguez”, quien se había aproximado a la costa oriental de la bahía en busca en una supuesta “racha costanera”, que según el decir del “cuque” del submarino *O’Brien* (que en el bote actuaba como “driza del foque”), solía correr entre Penco y Tomé; pero como toda regla tiene sus excepciones, en esta ocasión al “Puma Rodríguez” le correspondió la excepción en forma de “calma chicha”, lo que le estaba dejando rezagado a toda vista.

Todos nos alternábamos en el periscopio, que el comandante Mackay nos cedía con ecuanimidad, y presenciábamos impotentes no tan sólo la previsible derrota del “Puma” sino que, aún más, la poca airosa situación en que se encontraba, al pairó dentro de una zona de “calma chicha”. Alguien susurró la insinuación y el “Pato Mackay” la cogió de inmediato al vuelo: —Gobernemos hacia el “Puma” y tratemos de pasarle remolque— dijo.

La sotaventada del “Puma” y su alejamiento del resto de los veleros facilitó la maniobra; el *Guale* se aproximó a la embarcación, periscopio arriba pero manteniéndose al socaire del bote, que con sus velas nos ocultaba de la vista de las demás embarcaciones. Una vez lo suficientemente próximos, el *Guale* comenzó a transmitir con sus hidrófonos (instrumentos antediluvianos que sólo servían para comunicarse “a viva voz” con otro submarino muy próximo, pues el ronco sonido de sus vibraciones de muy baja frecuencia era audible directamente, especialmente si se empleaba el artificio de apoyar un palo de escoba sobre el casco, colocando el oído pegado al otro extremo); como decía, el *Guale* comenzó a transmitir repetidamente la frase: ¡Aliste remolque!... ¡Aliste remolque!... ¡Aliste remolque!, a la vez que bajaba y subía el periscopio repetidamente, como tentando al bote para lacearlo.

El “Puma”, además de submarinista era también huaso chillanejo, así es que muy pronto captó la idea y recibió el mensaje; en la proa del bote apareció el “cuque” con la boza del bote en la mano, en el extremo de la cual se había hecho un “as de guía” lo suficientemente abierto como para permitir enlazar al periscopio. El *Guale* se aproximó al bote muy lentamente y pasó tan próximo a su costado que el enlace se realizó con todo buen éxito y presteza, comenzando a remolcar al bote muy lentamente hacia la Boca Grande, siempre próximo a la costa, como aprovechando la “racha costanera”.

Desafortunadamente —y esto prueba que no había existido una confabulación previa entre el comandante Mackay y el “Puma Rodríguez” para cometer esta felonía deportiva— la boza era demasiado corta y como el submarino necesitaba navegar a muy poca profundidad para no someter a demasiado esfuerzo a su periscopio, las hélices giraban muy próximas a la superficie del mar y el bote debía navegar abierto de la estela, en forma semejante a como lo hacen los “paravanes”.

La embarcación de la Base de Submarinos, con el “Puma” a la caña, comenzó a avanzar notoriamente en una feliz singladura que rápidamente la colocó en una posición expectable, pero, según posteriormente supimos, algún árbitro perspicaz o quizá si demasiado envidioso, que navegaba en el remolcador del jurado, entró en sospechas al observar el extraño fenómeno que ocurría en esa embarcación antes sotaventada, pero que ahora navegaba a buen andar, a pesar de que en más de una ocasión había visto “gualdrpear” sus velas, sin que por ello se redujese su velocidad.

La sospecha, acicateada por la envidia, decidió a los árbitros a poner proa hacia el “Puma Rodríguez”, lo que observado que fue por el comandante Mackay le obligó a bajar el periscopio hasta largar el remolque, transmitiendo hidrofónicamente al “Puma Rodríguez”: —¡Feliz viaje y buenos vientos!

Debido a que ni el comandante Mackay ni ninguno de los oficiales presentes teníamos plena seguridad de cuál podría ser el sentido del humor de la jefatura de la Base Naval, y por tanto ignorábamos si esta experiencia, única en aquellos tiempos, sería considerada por ella digna de postular a los Records del Guinness, o si, por el contrario, sería estimada como un acto antideportivo vituperable, esta operación fue mantenida por largo tiempo en reserva, tácitamente clasificada como ¡secreto del sumario!

